

Cuentos de Humberto Leyva Pérez

Humberto Hilario Leyva Pérez (Las Tunas 1956). Bachiller en Ciencias y Letras, graduado en Lenguas Extranjeras. Se ha desempeñado como Tipógrafo y corrector en la imprenta El Cucalambé y el combinado gráfico Alejo Carpentier de Las Tunas. Aparece en antologías en España, Estados Unidos, México y Paraguay. Ha publicado en la revista *Quehacer*, y en *El Huracán y la Palma* publicaciones realizadas por la Uneac. Obtuvo premios en el concurso "Ecopoesía" 2001 además premios y menciones en el concurso provincial Tomasa Varona y menciones en el concurso Fernando Chenard Piña de la CTC nacional 2003-2006 La Habana. Perteneció al taller Cucalambé, La Oveja Negra y es miembro fundador del taller literario Guillermo Vidal de la casa de la cultura Tomasa Varona Las Tunas, asesorada por la Uneac.

JAQUE MATE

Era un hombre feo, ya le dije, ¿por qué tanto interés en ese detalle?

—¿Así como usted?

Están los dos solos, el colombiano y el coronel; el motivo de encontrarse en la Comisaría es la compra de unas tierras; la respuesta a la interrogante parece tardía:

—Quizá. Pero era adinerado, tenía las mujeres a puños llenos. Entonces vino la tragedia. Dicen que ella era linda y casada, y él un coleccionista de mujeres.

—¿Siendo tan feo?

—El dinero rompe todas las barreras, si hubiese querido derriba La Gran Muralla China.

—¿Tenía tanto?

—Era el jefe de un cartel.

—Tuvo con ella tres hijos bastardos. El mayor era idéntico a él.

—¿Feo?

—Si continúa usted con eso, no podré terminar la historia y damos por finalizada la partida.

—Continúe —dice el coronel moviendo una pieza.

—La niña salió linda a la madre, y el menor era una liga de ambos. El padre postizo en este caso, trató con rudeza al mayor y al más pequeño —tenía sus dudas y razones no le faltaban. Hizo el hazmerreír, él que siempre se las daba de machazo. Un día desapareció con toda la familia por causa de las burlas. A ella, la condenó a una perpetua viudez, la rodeó de un cinturón de castidad psicológico, la pobre, la internó haciéndola pasar por loca. Así le pagó la infidelidad. Envejeció de sufrir, no hubo otra causa el sufrimiento, lo que la llevó a la tumba. Se desconoce donde la puso.

—¿Y él tuvo pruebas de su paternidad? —dice en coronel—. Me refiero al hombre feo.

—Por supuesto, el examen de ADN.

El coronel, toma la dama y golpea con fuerza en el tablero.

—No entiendo, está usted obcecado, siendo una historia su rostro se transforma como si al oír sienta odio ¿verdad?

No mira a la cara del interlocutor:

—Jaque.

El narrador mueve el rey.

—El padre biológico por delación del otro, que también era barco, cayó preso. Le incautaron los laboratorios clandestinos en plena selva; lo perdió todo, juró que cuando cumpliera lo buscaría para darle muerte.

—¿Lo logró?

—Después de la condena se fue del país y, dicen que levantó una gran fortuna.

Mueve la torre y el oponente deslizando el alfil.

—Este reloj es similar al que está en el estuche, si me gana, lo que creo difícil, es suyo. Los compré en el extranjero cada uno vale doscientos cincuenta mil pesos; en su muñeca se verá espléndido coronel. Nada como un uniforme de gala y un buen reloj.

—¿Qué pasó con el cornudo? —pregunta algo ingenuo el coronel.

—Logró borrar su historial, sobornando usted sabe, y se alistó en el ejército; cuentan que llegó lejos en su carrera militar; con la experiencia en el asunto y hombre valiente, no digo yo.

—¿Usted lo conoció?

—Me lo contó mi padre.

—A veces habla, y me da la impresión que esa persona estuvo cerca de usted.

El coronel logra hacer una defensa.

—¡Jaque mate! —exclama.

—Ganó. Sabe, tuve el honor de jugar con Fisher y usted me ha ganado dos veces.

—¿Cómo dos, si solo ha sido una partida de ajedrez?

—Ahí lo tiene —y le extiende el estuche.

El coronel se lo pone tirando a un lado el que traía.

—Extraño a Colombia, compraré esas tierras donde espero terminar mis días, y encontrar a esos tres jóvenes legendarios.

—¿Qué tiene que ver con ellos?

—Nada. Lo tomaré como un hobby, pura curiosidad latina.

Los recuerdos del coronel se agolpan.

El hombre de pie arregla el sombrero y se despide:

—Le ganó a un buen ajedrecista, disfrute el triunfo y exhíballo en los mejores salones de la alta sociedad. En Colombia solo hay dos como estos, el suyo y el mío. Eso une nuestros destinos.

El militar, nota en esas palabras algo macabro, un recuerdo amargo de su pasado; además el rostro de este hombre le es repulsivo, ¿cómo el de quién?

El colombiano dentro del auto al otro lado de la Comisaría, espera. Se demora a propósito. “Estos suizos además de relojeros están a la altura de los japoneses con los *microship*, ni con una *macrolupa* podrían ver los números que ahora corren solo comparables a la velocidad de la luz”. Espera hasta escuchar una detonación, arranca el auto y se pone en marcha.

—Misión cumplida. Un hombre como ese exterminado por una bomba *cazabobos*. Tengo que encontrar a mis hijos.

EL CONDENADO

La puerta se abre y es sorprendida. Sus gritos no aplacan los celos de Juan José; quien entra y saca el cuchillo del cuerpo del amante.

—¿Ese reloj está bien?

—Sí, son las nueve de la mañana. ¿Qué ocurre allá afuera?

—¡Orden ciudadanos! Siéntense por favor. ¿Qué pasa aquí?

—Vengo a entregarme. No voy a herir a nadie más —dice el hombre al oficial.

—¡Ciudadano, ponga el cuchillo en el piso! ¡Levante las manos! Así, y ahora atrás. Espósallo.

...te lo dije so puta, que no jugaras conmigo, a los hombres se les respeta.

—No, por favor. *Mátame pero no le hagas daño.*

—*Y aun lo proteges, desvirgada de mierda.*

Sus chillidos despiertan a los otros huéspedes. Son las cinco de la madrugada. Logra coger una sábana y corre descalza por el pasillo, enloquecida.

—¿Cómo sucedieron los hechos?

—A ver, oficial. Yo venía sospechando de mi esposa, y comencé a vigilarla. Ya no creí en sus llamadas; que su madre estaba enferma y esa noche se quedaría a cuidarla, una reunión hasta altas horas, un imprevisto y, dale que dale. No creí ni un cuento más. Un día la espí desde la parada del ómnibus.

—Juan José, ¿qué haces por aquí a estas horas?

—Alejandro, tú eres mi amigo, te voy a hablar con sinceridad. Estoy velando a Sonia, me parece que está siendo infiel; y si la cojo en el brinco, la voy a matar.

—La vas a matar a ella, pero estás loco, deja a esa mujer; si eso es lo que se sobra en esta vida. Te vas a podrir en la cárcel, y ya tú no tienes edad para aguantar una prisión.

—No, a ella no; es la madre de mi hijo, a él; nadie me pone rabo, no soy verraco, esto es un problema de hombría.

—Y sigues con el machismo. Actualízate, ya no estamos en los tiempos de Romeo y Julieta, cada quien hace lo mejor que cree. Piénsalo bien.

...póngase de pie acusado, este tribunal lo halla culpable, pero teniendo la atenuante de que es un crimen pasional, lo condena a quince años de privación de libertad.

—Tenía obsesión, el celoso ve fantasmas, pero yo estaba en lo cierto.

Esa noche no pasó nada. Un mes después, la vi montar en un auto, los seguí en la moto. Entraron a un motel. El celular sonó, a una llamada de ella, no le respondí. Esperé la madrugada, el carpeta se quedó dormido. Abrí la puerta con una ganzúa, cuando ella me vio, forcejeamos, salió envuelta en una sábana dando gritos; él ni se enteró, siguió dormido o borracho. La gente comenzó a asomarse y el carpeta despertó, al verme con el cuchillo, me dejaron el paso libre; lo hundí varias veces en su cuerpo. Pensé en huir, luego cambié de idea y, decidí entregarme. Aquí estoy.

—Se ensañó usted con la víctima.

—Sí, sentí tanta rabia.

—Octava unidad, ordene.

—Sí, los de Criminalística, dígame. No puede ser; entonces el hombre que se entregó. Apenas ustedes me traigan el informe. A sus órdenes.

—¿Qué dicen? ¿Profanación, homicidio, asesinato?

—Nada de eso.

—Ciudadano, Juan José Valverde Jiménez, aquí tiene sus documentos y pertenencias. No asesinó a nadie. El sujeto llevaba una hora infartado cuando lo apuñalaste. Estás en libertad.

QUISQUEYA

—¡Párate!—, y el tipo corría—; párate! —y los pies le tocan por detrás. Era un lince.

—Pero, ¿por qué corría?

—No estás atendiendo, coño. Desde que apareció la jevita esa, no le pones asunto a lo que te converso.

—Sí, es verdad, está buenísima; la voy a ignorar, termina el cuento.

—Nada, dominicano, que si me empato con el tipo en la carrera, ahora podría invitar a esa bárbara a unas copas; porque el corredor le llevó la cartera con la plata al comebola del extranjero.

—¿Y no lo cogieron?

El Chacal le termina la historia de mala gana por no prestarle atención.

—¡Qué lo iban a coger! Lanzó la cartera para atrás, pero antes lo que traía se lo embolsilló; así detuvo la velocidad por alcanzarlo y desapareció.

El quisqueyano mira de reojo hacia la mesa, donde se encuentra la venus desconocida.

—Pues, yo te voy a hacer una historia vieja pero verdadera, según mi abuelo: cuando Trujillo estaba en el poder, se fue para Santo Domingo un cubano que se comentaba era del Servicio de Inteligencia Militar de Batista; con recomendaciones y todo. El hombre cayó de suerte, lo ponen a trabajar en la guardia personal de Chapitas.

—¿Quién es Chapitas, chico? Me estás hablando de Trujillo, ahora me sales con ese, ahorita es Juan, no que Pedro; concéntrate esa jeva te tiene mal.

—Es el mismo, so bruto, le decían así por tantas condecoraciones que él mismo se daba y las cosía en el traje.

—¡Ah, sigue! —rezonga El Chacal.

—¡Oye, cantinero, pon otra ronda! —alardea el dominicano para que lo oigan.

—Entonces, a Trujillo le gustaba mucho veranear, tenía como mil casas en la playa.

—¡Afloja, afloja, para que tu historia sea creíble, Quisqueya!

—Bueno, es un decir —aclara, pero mantiene los ojos en la mesa de enfrente.

—Esta vez, no llevó a la familia, porque no le convenía, verás el motivo: Trujillo, le tenía miedo a...

—Esta ronda por partida doble, va por la otra mesa —interrumpe el cantinero. El Chacal se altera, en otras ocasiones se pone peor.

—¿Qué quiso decir el *salao* ese? Cuando uno se entusiasma, pero mejor del asunto.

—Cálmate, que yo sé por dónde voy. Fue solo con el ejército y no llevó a la familia, porque dicen que al hombre le gustaba dormir en bata de seda rosa, un gorro terminado en un pompón y sandalias.

—Entonces, el hijo de su madre, ¿era afeminado?

—No sé, a lo mejor era travesti. A las dos de la madrugada, el terror del hombre: alarmas, campanazos, sirenas; los jeep encendieron los *buscachivos*. Linternas de mano, fusiles automáticos, las San Cristóbal que él fabricaba, ¡el mundo colorao!, y lo acorralaron.

—¿Cogieron al tipo?

—Sí, se dejó coger. Si todo fue una más de las pendejadas de Trujillo. Le cayó encima del mosquitero y el armó la algazara.

—Pero, ¿quién era, uno de los guardias que se lo quería echar?

—No, hombre, era un ratón y él les tenía pánico.

La venus le paga al cantinero y se despide. Para sorpresa de ellos, se dirige hacia dónde están sentados; trae algo en la mano. Dice:

—¿José Ignacio Villarreal y del Risco?

—El mismo, belleza, para servirle.

—Alias El Chacal. Está detenido por asalto y robo con violencia. No te mandes a correr que estás rodeado.

El Chacal y el dominicano sólo ven que dos hombres se ponen de pie y le hacen un cerco.